

—Después ohraremos según lo exijan las circunstancias del momento.

—Pero, ¿ha formado usted su plan?

—Y uno infalible, aun cuando nos veamos precisados a modificarlo.

—Es que los planes cuando están expuestos a modificaciones, no suelen dar el resultado completo.

—El mío lo dará.

—Es decir, que Luz...

—Será mía mañana mismo.

—Y ¿no sabré...?

—Mañana lo sabrá usted todo en Culhuacán. Por ahora sólo quiero saber si está usted dispuesto a ir conmigo mañana.

—Lo estoy.

—¿Y sus compañeros?

—Lo mismo; respondo de ello.

—Bueno.

—¿A qué hora hemos de salir?

—A las ocho de la mañana, porque a caballo se tiene que rodear bastante.

—Pues a las ocho estaremos listos.

—Muy bien.

—Y ¿dónde será nuestro punto de reunión?

—En la calzada del Niño Perdido.

—Corriente; allí estaremos a las ocho esperando a usted.

—No hay que esperar.

—¿Y si la salud del señor Duval reclama su permanencia a su lado?

—No; porque aunque no está, como antes dije, fuera de peligro, tampoco se halla en un estado que necesite una continua asistencia del médico.

—Comprendo. Y ¿no tiene usted que comunicarme otra cosa?

—Por ahora nada se me ocurre.

—Pues, hasta mañana, doctor.

—Hasta mañana, mi buen amigo.

Y después de apretarse la mano, salió el que había entrado, quedándose Willey saboreando la esperanza de apoderarse al siguiente día de la mujer que estaba destinada a ser la esposa de Rafael.

CAPITULO XVII

Entre las flores, el áspid

Ha transcurrido un día desde que vimos a Ernesto penetrar en la pieza en que se hallaba el Padre Enrique.

En el pueblo de Culhuacán se advierte el mismo movimiento y no menor gentío.

A las ceremonias del Jueves, siguen las del Viernes Santo, en que los indios presentan en sus costumbres al observador cosas muy curiosas y originales, dignas de ser conocidas. Costumbres que, como otras veces hemos dicho en esta obra, son enteramente distintas de las de todos los demás habitantes del país, de quienes los indios se encuentran separados, y como formando sociedad extraña al resto de la nación; costumbres tan curiosas para los mexicanos de las villas y ciudades, como para los extranjeros.

Son las once de la mañana.

El día está limpio y sereno.

Los indios, llenos de afán, y cumpliendo las órdenes del que los dirige, colocan en medio del atrio de la iglesia el púlpito en que ha de predicar el cura al aire libre, para que pueda oír todo el mundo el sermón de «las tres caídas».

El atrio y los sitios próximos a él, están apretados de gente de ambos sexos, que se rebulle como las tranquilas olas de un mar bonancible en un día sereno en que el lánguido viento apenas osa holgar la blanca lona de las velas de las velas.

Los indios han dejado sus chozas para asistir al sermón, y ellos por oír, y las personas de la capital por observar, se apiñan alrededor del púlpito, formando un cuerpo compacto impenetrable.

—¿Quieren ustedes que busquemos otro sitio donde la gente no les moleste a ustedes tanto?—dijo un caballero elegante a un señor de avanzada edad y a dos señoras, anciana una, y joven y hermosa la otra.

—No; estamos bien, Rafael—dijo la última, sonriendo dulcemente—; sólo que papá y mamá dispongan otra cosa.

—No—contestó la anciana—, deseamos verlo todo, y éste es un sitio el más a propósito.

—¿Y tú—agregó la hermosa, en voz baja, dirigiéndose a Rafael—, estás bien?

—A tu lado, querida Luz, todos los sitios son la gloria, y en la gloria todos están bien.

—Igual cosa me pasa a mí.

—El amor, encantadora Luz, tiene la virtud de embellecerlo todo. Los ojos de los amantes tienen la propiedad de revestir los objetos del seductor encanto que rodea constantemente el objeto amado; para ellos no hay día nublado, porque los divinos ojos del sér que idolatran son la brillante luz que les ilumina; ni hay sol abrasador, porque el amor extiende sus alas sobre ellos y se cierne sobre sus cabezas para prestarles protectora sombra; los sitios más áridos y repugnantes para el resto de los vivientes, son bellísimos jardines impregnados de aromas, cuyas lindas flores son los macarados labios del celestial objeto que divinizamos; su aliento el dulcísimo aroma que deleita embriagando, y su armoniosa voz el canto de las aves, el murmurio de las fuentes y el de las verdes ramas de los árboles acariciadas por el dulce viento. Para ellos no hay sitios solitarios, porque todo lo llenan con el objeto de su amor, que es su mundo, su sociedad, su paraíso y su gloria.

Y Rafael estrechó entre sus manos la blanca y torneada mano de su amada, que le envió una de esas dulces miradas en que exprime el alma todo el amor, y que no hay en el idioma humano palabras que puedan expresar.

Luz y Rafael eran los seres más felices del mundo.

La primera era una flor purísima, abriendo sus delicados pétalos al primer rayo de la brillante aurora, y mecida por las auras de un risueño porvenir, que le prestaba una gracia, una vida, un hechizo y un brillo indefinibles.

Era una de esas vaporosas ninfas de la mitología, de irresistible encanto, que parecen suspendidas entre el cielo y la tierra; una de esas jóvenes que reúnen en sí solas la gracia y la pureza de los ángeles, la dulzura de la infancia y el juicio de la virilidad.

La benévola naturaleza la había engalanado con sus más exquisitos dones, y la educación religiosa había comunicado a sus naturales hechizos, ese matiz espiritual y tierno, ese colorido místico, esa pudorosa dulzura, esa gracia suave y angelical que envuelve a la mujer en una luz de resplandores celestiales, y que esparce alrededor de sí ese suavísimo perfume que se desprende de su sér, como se desprende de la fragante y púdica sensitiva el regalado aroma.

Rafael reunía a la belleza varonil la afabilidad y la modestia; era fino sin afectación y elegante sin pedantería.

Enriquecido su despejado entendimiento con una vasta instrucción, pero instrucción basada en los sólidos y rectos principios de una educación religiosa, sus acciones y sus pensamientos llevaban el sello de la honradez y de la moral pura, y sus resoluciones y sus palabras iban ajustadas siempre a la virtud más noble.

Eran dos seres dignos el uno de otro; de idénticas inclinaciones, de idénticas ideas.

Llamados a vivir el uno para el otro, tiempo hacía que el himeneo hubiera unido dos almas, que ya lo estaban, si la fatalidad no hubiera interpuesto entre ellos al doctor Willey, que, vendiéndose por amigo de Rafael, y amenazando a Luz, había logrado, hasta entonces, retardar el enlace, influyendo con el gobierno para que no alzase el destierro al padre de la joven.

Pero este motivo había desaparecido ya, y la unión se iba a celebrar dentro de breves días, a despecho del doctor, que disimulaba su rabia, fingiendo un placer intenso.

Pero, entre tanto que nuestros dos jóvenes, sin sentir los rayos abrasadores del sol, se entregaban a un diálogo lleno de amor, de ternura y de esperanza, la multitud se agolpaba al sitio en que se había colocado el púlpito.

El cura del pueblo, que pertenecía a la raza india, se había colocado ya en el púlpito, puesto, como hemos dicho, en el atrio de la iglesia, y la gente se apiñaba para oírle.

Bueno es advertir que los indios son tan enemigos de toda innovación en sus sencillas costumbres, que jamás han permitido que los curas les hiciesen celebrar estas fiestas religiosas con la majestad con que se celebran en la hermosa capital de México.

Ellos creen que es más edificante presentar de bulto todos los pasos de la Pasión, y no transigen con las observaciones ni con los consejos de las personas que opinan de otra manera.

Los curas, pues, conociendo que todos los argumentos que les pongan, se estrellan en la resistencia que oponen a admitir cambio alguno en la manera de celebrar sus fiestas religiosas, se ven precisados a obsequiar sus costumbres, puesto que éstas en nada ofenden a la religión.

Obrar de otra manera, sería pasar a los ojos de los sencillos indios por irreligioso y mal cristiano.

El cura encargado de la función que nos ocupa, respetando

las ideas de sus filigreses, se subió al púlpito, colocado, como hemos dicho, en el atrio de la iglesia.

A las primeras palabras que pronunció de su sentimental discurso, los indios empezaron a gemir y llorar con todas sus fuerzas, en tanto que los que remedaban a los fariseos, cubiertos sus rostros con horrendas caretas de ordinario cartón, llevando sus cabezas resguardadas con cascos de hojalata, y en las manos, pesadas y largas lanzas, se paseaban con arrogante insolencia, y haciendo mil visajes ridículos por en medio de la multitud, profiriendo horrendas blasfemias para imitar a los verdaderos judíos, y hacer su papel con la mayor propiedad posible.

—¡Cómo me «cuadran» a mí estas «divirsiones», Padre Enrique!—decía un labriego al modesto sacerdote, de quien hablamos en otro capítulo—. Se me «afigura» que me «jayo» en el «mesmo» sitio donde «jué» la historia de las tres caídas.

—¿Y llamas diversión, Pablo, a uno de los pasos más tiernos de nuestra redención? ¿Al momento augusto en que el Salvador va a morir por nosotros?

—No quise decir «divirsión» de divertimento y de «jarana», sino «divirsión» de..., pues... Esto es, que me «cuadra» asistir a esas «cerimonias» religiosas de las «naturales».

—Eso es muy laudable, si se hace con objeto de sacar buen provecho de ellas.

—Eso «por de contado»; ¿no ve su merced, padrecito, que no se pueden oír estos sermones sin que «de al tiro» no se le rueden a uno las de San Pedro? ¿No «devisa» su merced que no hay uno que se tenga «celestes» y que todos los «naturales» lloriquean a cual más y mejor?

Y era cierto lo que Pablo decía.

Los indios de ambos sexos, como tienen de costumbre cuando escuchan el sermón de «las tres caídas», lloraban a lágrima tendida y sollozaban a voz en cuello, en tanto que los que hacían de fariseos se mantenían serios y serenos.

—Al que no «deviso» en toda la concurrencia de los concurrentes que han concurrido—dijo Pablo—, es aquel joven «güero» que vino ayer a ver a su merced.

—¿A don Ernesto?

—Sí, padrecito.

—Tampoco lo he visto yo, y eso me tiene con cuidado.

—Yo creo que el «probe, asigún» le «vide» anoche, está desesperado.

—¡Cómo!

—Como su merced le puso la cama en mi «mesmo» cuarto, se estuvo hasta la una sentado junto a la mesa en que ardía la vela, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, dando suspiros y «prenunciando» palabras «intercaladas» que...

—Pero, ¿qué decía en esas palabras entrecortadas?—preguntó el sacerdote sobresaltado.

—Pues decía: ¡Yo os he matado!... ¡Soy un infame!... ¡Esposa..., hija mía!... ¡La vida me es insoportable!... ¡Todos se horrorizan al verme!... ¡Ah!... ¡Yo no puedo vivir así!... ¡Es mejor la muerte!... Y otra «máquina» de cosas por ese «chisgo», que, la verdad, me daban miedo.

—¿Qué escucho!—exclamó el padre Enrique.

—Como me creía dormido—continuó Pablo—, se entregaba con toda libertad a sus «afeiciones», y yo, que le estaba «desaminando» todos sus movimientos, pude «alvertir» en sus «faiciones» una «contraición» espantosa.

—¿Y después?—preguntó con ansiedad el sacerdote.

—«Dempués» se puso a «pasar» por el cuarto sin que «prevase» un instante de las dulzuras del «Moro-Feo», como decía mi amo don Miguel.

—Sí—exclamó el Padre Enrique, con profunda tristeza—; Morfeo no favorece a los que están dominados de la pasión del juego. Ese infeliz tal vez atenta contra su vida; yo le vi feliz y contento cuando se unió a la tierna joven que amaba; yo fui el ministro que bendijo su enlace, y que poco después dió sepultura a su desdichada esposa y a una inocente niña, víctimas ambas del hambre y del abandono de ese desventurado. Por eso vino ayer a verme; a pedirme una cantidad que yo creí prudente negársela, sabiendo el mal uso que iba a hacer de ella, y le ofrecí mi casa y mi pobre mesa para que viviera en ella como si fuese un hermano mío.

—Sí, pero él lo que quería era dinero, como que se lo pedía a su merced con un afán sin ejemplo.

—¿Cómo!... ¿Lo oíste tú, acaso?

—¡Vaya!... Hablaba tan alto y con tanto calor, que yo al escuchar las voces de él y de su merced desde mi cuarto, creía que le sucedía a su merced algún «sucedimiento», y me acerqué a observar lo que le pasaba por la cerradura de la llave.

—¿Y viste...?

—Vi a ese joven fuera de sí, decirle a su merced que le diese dinero, porque necesitaba jugar para olvidar sus penas y sus remordimientos, y vi que al negarle su merced lo

que anhelaba, tratándole de disuadirle del crimen que cometía con volver al juego, donde había labrado su desgracia, originando la muerte de su esposa y de su hija, sacó, desesperado, un puñal para herirle, pero no pudo descargar el golpe sobre su corazón, porque su merced logró contener su brazo.

—¡Ah..., sí! Dios me dió fuerza para impedir un horrible suicidio.

—Yo me había dispuesto a entrar al ver que se iba a herir; pero al notar que su merced le había detenido el golpe, me quedé observando.

—Entonces, presenciarias que, pasado aquel vértigo, y escuchando mis palabras, se echó arrodillado a mis pies, pidiendo que le perdonase; que había sido un exceso de locura, de desesperación, al considerarse criminal y desgraciado; que no hallando más que en el juego distracción a sus penas, y no teniendo nada ni amigo ninguno sobre la tierra, había concebido la criminal idea de deshacerse de una vida que no podía soportar.

—Todo eso lo oí «perfectamente»; pero su merced calla otra cosa muy terrible que dijo.

—¿Cuál?

—Que al salir de México había resuelto arrancarle a su merced, por fuerza, una cantidad de dinero, si no se la daba usted en calidad de préstamo; pero que al presentarse a su merced, desechó horrorizado aquella idea que le había venido ocupando en todo el camino.

—Sí; el desgraciado había proyectado, en su desesperación, amenazarme para alcanzar lo que deseaba; pero su corazón, que no ha perdido sus sentimientos religiosos, arrojó de sí aquel fatal pensamiento, y abrazó el no menos terrible de suicidarse, para no verse dominado en lo sucesivo por ninguna idea criminal.

—¡Pobre joven!

—Muy pobre, sí; yo le vi arrepentido del pasado, llorar la muerte de su esposa y de su inocente hija; maldecir el instante en que penetró en las casas de juego, y pedir que le perdonase el criminal pensamiento que le había traído a verme.

—Todo lo escuché también yo, escondido detrás de la puerta; y por eso, cuando noté que estaba tranquilo y que su merced guardó el puñal, me retiré a mi cuarto.

—Pero tú me has dicho que después, mientras te creía dormido, pronunció palabras de muerte y que estuvo en vela toda la noche.

—Es verdad.

—Y eso me hace temer que, dominado de nuevo por la desesperación, haya atentado contra su vida.

—¡Pues qué! ¿No «almitió» la proposición que le hizo su merced de darle casa y mesa constantemente, y de auxiliarlo con cuanto necesitase, si se resolvía a vivir con su merced?

—No.

—Pues, ¿qué dijo?

—Me contestó que me daba las gracias y que resolvería. Después se despidió de mí para retirarse al cuarto en que le había dispuesto la cama, y cuando esta mañana pregunté por él, me dijeron que había salido muy temprano, sin desayunarse, sin que haya vuelto hasta ahora.

—Tan temprano debió irse, que yo, cuando desperté, ya se había marchado.

—Y ¿no se habrá ido a México?

—No, porque yo he preguntado si ha salido alguna canoa, y me han dicho que «denguna».

—¿Estás seguro?

—Tengo «satisfacción» de la persona a quien pregunté.

—¡Ah!... Pues es preciso buscarle por todas partes; yo empiezo a temer por su vida.

—Pues mientras su merced, padrecito, va por un lado, yo me voy por otro, a ver si lo «jayamos».

—Está bien.

—Y ¿qué ha resuelto su merced, padrecito, «respeito» a la ida a Texcoco?

—Después hablaremos de eso; por ahora no pensemos más que en Ernesto.

Y el sacerdote y Pablo se separaron, dirigiéndose por distinto rumbo en busca del desgraciado joven.

En aquel momento, los indios que escuchaban el sermón, lloraban como Magdalenas.

—Ya sale, ya sale la «prociación»—gritó la multitud.

Entonces todos los ojos se fijaron en un punto.

Y, en efecto, en la puerta de la iglesia se dejó ver la procesión que salía del templo para recorrer las calles.

En unas andas llevaban a Nuestro Señor con la Cruz a cuestas, ayudado de Simón Cireneo, que lo hacía un indio que iba en mangas de camisa, calzón corto, verde, que se le quedaba más arriba de la rodilla, desnuda la pierna y descalzo, pero tan serio como si efectivamente fuera una escultura. Detrás iban amarrados, codo con codo, el bueno y el mal ladrón, representados también por dos indios que marchaban con la misma seriedad que el primero, y que es-

taban tan poseídos del papel que desempeñaban, que hubieran subido al Calvario a recibir la muerte, antes que hacer traición al carácter de los personajes que imitaban. Al salir de la puerta de la iglesia, dió el Señor, que era de goznes, la primera caída, y la gente lloraba al verle caer y al escuchar las tiernas palabras que desde el púlpito pronunciaba el predicador. La segunda caída tuvo lugar al pasar el umbral del atrio, seguida de nuevas exclamaciones del cura y del copioso llanto, acompañado de gemidos de los indios; pero cuando se acercó el momento de la tercera caída y advirtió el predicador que la Santísima Virgen aun no parecía para el encuentro, exclamó, interrumpiendo su sermón:

—¿A qué hora traen a la Madre de Dios? Que anden aprisa esos que conducen a la Santísima Virgen, que ya es hora de que se encuentre con su Divino Hijo.

Al oír estas palabras los que por otra calle conducían a la Reina de los cielos, apresuraron el paso, y al encontrarse con Jesucristo, los que cargaban las andas, hicieron que los rostros de ambos se inclinasen sobre el pecho en señal de tristeza, siguiendo después cada cual su camino, no sin que les acompañase el llanto y los gemidos de todos, excepto los fariseos, que se paseaban con altanería.

Inmediatamente, y cuando aun no acababan de enjugar las lágrimas, se presentó en un caballo blanco, vestido de romano, el «pregonero», como dicen los indios, llevando en la mano un papel con la sentencia dada por Pilatos, y acercándose al púlpito se lo entregó al cura, el cual, después de leerlo, dijo al auditorio que Jesucristo iba a morir entre dos ladrones, por todos los pecadores.

Estas palabras arrancaron copioso llanto de los sencillos indios, y el sacerdote devolvió el papel al romano, quien, abriéndolo y mostrándolo al pueblo, dijo en voz alta:

—Esta es la sentencia en la que Pilatos manda a Jesús Nazareno se le dé muerte de cruz.

Aquí fueron en aumento los gemidos, y la ceremonia continuó acompañada siempre del inmenso gentío que de todas partes había concurrido.

La hermosa Luz estaba admirada de la sencillez y religiosidad con que los indios celebran aquel día grandioso de la cristianidad.

Y, en efecto, en ningún pueblo se advierte la devoción y respeto que se nota en los cortos lugares habitados por los indios.

Pero, ya que he tocado la descripción del Viernes Santo,

no quiero pasar en silencio una anécdota que, bien se refiera a un hecho cierto, o bien sea una ficción, viene, de todas maneras, a dar a conocer el sencillo corazón del indio mexicano, y las inocentes costumbres de esa raza ajena a la ambición y a las revoluciones.

Queriendo un cura de un pueblo de indios, nacido en el mismo lugar, conmover a sus paisanos en un sermón que había dispuesto para el Viernes Santo, encargó a dos indígenas de su confianza, vistieran a Nuestro Señor, que era de goznes, de una manera que conmoviese, para que, cuando en medio del discurso mandase descorder la cortina que ocultaba al Salvador, se conmoviesen los oyentes.

Los indios encargados de la misión tan delicada, queriendo corresponder dignamente a la distinción con que les había honrado el cura, discurren largo rato sobre la manera con que debían presentar a Jesús; y después de acalorados debates, resolvieron vestirle de campesino, o «ranchero», como se dice en México; pantalón con cuchillos, con botanadura de plata, abierto a los lados para montar con libertad a caballo; sombrero de inmensas alas; bordada faja encarnada en la cintura; grandes espuelas; largo látigo en la mano; gran espada al cinto, y colocado sobre un corcel de madera, blanco, en actitud de galopar.

Empezado el sermón, y cuando el cura juzgó al auditorio más conmovido, exclamó con el mayor calor:

—¡Vosotros pusisteis a nuestro Redentor hecho un mar de sangre! ¿No consideráis cuán desfigurado debe estar su delicado cuerpo, por causa de los azotes que vuestras culpas han llevado sobre él? ¡Oh, dolor!... ¡Da compasión al mirarle!... ¡Ah!... ¡Pero es preciso que le contempléis, para que aborrezcáis vuestros pecados!... ¡Corred esa cortina que le oculta a vuestros ojos!...

Los encargados corrieron la cortina; pero el predicador, que seguía de espaldas al altar y se dirigía al auditorio, continuó, lleno de religioso entusiasmo:

—¡Vedle!... ¿Quién había de decir que ese conjunto de perfecciones quedase tan desfigurado que le costase dificultad a su excelsa Madre reconocerle?

Y entonces, volviéndose hacia donde estaba el Salvador, y sorprendido él, más que nadie, del disfraz con que le habían desfigurado, exclamó asombrado:

—Y confieso que no me admiro de que no le reconociera su Santísima Madre, pues tal le habéis puesto, que, no digo la afligida Señora, pero ni yo, que soy vuestro cura, le conozco ya.

Esta anécdota prueba, como antes dije, la sencillez sin ejemplo de los indígenas mexicanos, el ningún desarrollo que les han dado a sus facultades intelectuales por medio de la instrucción y de su índole pacífica, dispuesta siempre a no alterar en nada los usos introducidos por sus predecesores.

Separados completamente de la clase pensadora e instruída, porque los hombres de saber no pueden acomodarse a vejetar en pueblecillos de miserables chozas, en que el oro y la plata son los objetos que menos abundan, la instrucción de los indios se reduce a no saber leer, ni escribir, ni contar; y ya se deja entender que respecto a religión no han de estar mucho más adelantados.

Pero no sólo son esas las causas que se oponen al desarrollo de las facultades del indio, sino que viene a servirles de poderoso valladar la preocupación en que algunos de los que debieran instruirles, están de que los indígenas son incapaces de adquirir cultura. Yo, lejos de participar de esa opinión, creo, por el contrario, que el indio está dotado de bellas disposiciones para todo; porque cosas he visto que revelan que les sobra talento natural. He visto retratos de barro, hechos por los indios de Tonalac, pueblecillo que dista tres leguas de Guadalajara, que nada dejan que desear; parecido, color, ropaje, todo, en una palabra, sacan exactamente igual a la persona que retratan, sin que para esto hayan ni aun recibido instrucciones de dibujo. También para la música tiene el indio una disposición asombrosa y un oído finísimo, así como para todas las artes mecánicas.

Algunos escritores han dicho, y me consta de buena fe, que la culpa de la ignorancia en que se encuentra la clase indígena, reconoce por único origen el empeño que tenía el gobierno español en no instruírla, para que no tratase de independizarse; pero esto es desconocer los hechos y la historia. El gobierno español planteó colegios magníficos en todas las ciudades de donde salieron hombres que figuraron entonces, y muchos de los que al presente llaman la atención por su saber. Ahí está el colegio de San Gregorio, levantado por el gobierno español, exclusivamente para los indios; no muy lejos se encuentra el llamado de las «Indi-tas», abandonado al presente, pero fabricado entonces para educar a las indias; ahí el de San Juan de Letrán, para los jóvenes de la capital; el de San Ildefonso, Seminario Minería, Vizcaínas, las Niñas, y otro ciento, que prueban que el gobierno español estaba muy distante de abrigar las innobles miras que se le quieren suponer.

Lo que, en mi concepto, se ha opuesto y se opondrá por mucho tiempo a la cultura del indio, es el corto número de población blanca que aun cuenta México, y de cuyo seno no puede salir el número considerable de maestros que son necesarios para educar a cerca de cinco millones de indios que viven lejos de las poblaciones, cuyos insignificantes pueblecillos se encuentran entre sí a considerables distancias, y cuyas vías de comunicaciones son malísimas.

De esos colegios planteados por el gobierno español, y que son los mismos en que hoy se educa la juventud, salieron Alarcón, Clavijero, el Padre Alegre, Sor Juana Inés de la Cruz, Quintana Roo, Gorostiza, Navarrete, Zavala, Alamán, Pesado, Tagle, Carpio, don Carlos María Bustamante, el emperador Iturbide, y otros mil, honra de las letras y de las armas de México, que son la incontestable prueba que destruye el error de los que acusan a los monarcas españoles de injustos en sus colonias.

En esos trescientos años que han pintado algunos enemigos de España como de tiranía para la América, los indios estuvieron exceptuados del servicio de las armas, estaban declarados menores de edad para evitar que en los contratos abusasen los europeos de su ignorancia y sencillez; podían introducir todos sus efectos en los mercados sin pagar derechos ningunos, y sólo exhibía al año cada indio el insignificante impuesto de un real, que se destinaba a hospitales para ellos; en sus juicios no se les cobraban derechos ningunos; los fiscales del rey eran sus protectores natos, y en lo eclesiástico gozaban privilegios no menos notables.

Estas consideraciones dispensadas en favor de esa clase tan útil al país, hablan más alto en pro del paternal cariño con que los monarcas españoles miraron a los descendientes de Moctezuma, que todos los exagerados cuadros en que ciertos escritores extranjeros, enemigos de las glorias de España, han tratado de presentarnos con el colorido más negro. Si algunos españoles pudo haber crueles, como hay hombres malvados en todos los países, la nación fué magnánima; si algún español pudo haber rapaz y avaro, mil otros hubo que supieron gastar abundantemente el oro, levantando gigantescos acueductos, que eternizarán sus nombres, como el colosal que embellece a Querétaro, costado por un solo español que quiso prestar aquel beneficio a un país que amaba casi como a su patria, y como lo amamos todos los que hemos vivido en él y abrigamos un corazón verdaderamente español, esto es, noble y agradecido.

Mientras la primitiva raza de los verdaderos americanos

de los Estados Unidos ha desaparecido, merced a las leyes poco paternas que allí se establecieron por los ingleses que dominaron, pues la población actual es una sociedad heterogénea de todos los países, en México, la raza azteca se conserva pura y considerable, formando el número mayor de la nación, gracias a que los conquistadores españoles, llenos de hidalgos sentimientos, miraron a los vencidos como a hermanos, y lejos de procurar su exterminio, se unieron a ellos, estrechando los lazos de familia, formando una familia, les dieron su idioma y su religión, y cuando al cabo de trescientos años de una suave dependencia se emanciparon de España, los mexicanos se pudieron presentar al mundo como un pueblo enteramente azteca, puesto que es azteca en su mayor parte la sangre que circula por sus venas.

Cuando esos, pues, que tan injustamente nos critican, nos muestren que en sus colonias han levantado monumentos mucho más grandiosos que los que la patria de Hernán Cortés ha levantado por el Continente americano; cuando nos hagan ver que las leyes dictadas en pro de sus pueblos sometidos, eran mucho más filantrópicas que nuestras sabias leyes de Indias; cuando nos muestren que no han destruido a la raza dominada, como lo está mostrando España; y cuando, en fin, nos prueben que sus conquististas no están manchadas con actos inhumanos que horrorizan, España les respetará y callará; pero en tanto que esto no puedan; en tanto que nada encuentren que poner de lo que han hecho al frente de lo que hemos hecho nosotros, callen y enmudezcan, porque cuanto más alcen la voz para hacerse oír, tanto más pigmeos aparecerán al lado de la magnánima España.

Que esta nación procurase conservar la preciosa joya que inmortalizó el nombre de Cortés, nada tiene de extraño ni de repugnante, y cosa es de que no se puede acusar con justicia. Había gastado su dinero, su sangre, por descubrir un mundo que nadie se imaginó siquiera, y pretender que lo abandonase cuando lo hizo productivo y admirable, es pedir lo que nadie ha hecho ni hará en la tierra. ¿No están apoderadas en pleno siglo XIX Austria del Véneto, Francia de la Argelia, Inglaterra de la India, la Cerdeña de Nápoles, Rusia de Polonia, y Prusia de Dinamarca? ¿Y hay alguna de estas naciones que esté dispuesta a desprenderse generosamente de la joya que posee? ¿No se está dando en los Estados Unidos el escándalo de una guerra asoladora entre el Norte y Sur, sólo porque el primero quiere dominar al segundo?

Pero nos hemos detenido demasiado en consideraciones históricas, y yo ruego al lector que disimulando esta digresión que he creído necesaria, se digne seguirme en los acontecimientos que se encadenan con los que llevamos ya referidos.

Dijimos que el Padre Enrique y el indio Pablo se habían separado y marchado en distinta dirección, con objeto de saber lo que había sido de Ernesto.

Una hora hacía que fueron en su busca.

La procesión había ya terminado.

Nuestro Señor se encontraba ya colocado sobre el altar mayor, que figuraba el Calvario, enclavado en la santa Cruz, al pie de la cual se veía a su Santísima Madre.

Los indios que habían hecho de soldados romanos y que, disfrazados con espantosas caretas vimos asistir a la procesión, para no dejar ningún vacío en el papel que representaban, estaban jugando a los dados la túnica del Salvador, teniendo al lado de ellos botellas y vasos en que fingían beber para imitar en todo lo posible a los que crucificaron a Nuestro Señor.

La esbelta Luz y Rafael, seguidos de los padres de la hermosa, salían de la iglesia y cruzaban por la plaza que estaba, como todas las calles, apretada de gente.

—¿Has estado a gusto, hermosa mía?—le preguntó Rafael.

—Como sólo se está cuando nos hallamos al lado de la persona amada.

—Gracias, querida Luz. ¡Cuánto celebraría que mi amigo Leopoldo disfrutase la dicha de oír de los labios de Clotilde las palabras de consuelo que yo oigo de los nacarados tuyos.

—¡Pobre Clotilde!

—Pero todos los que aman están condenados a padecer; todos, menos nosotros, hermosa mía, que hemos vencido, por ventura, los obstáculos que se presentaron a nuestra felicidad.

—¡Oh!... Sí.

—Leopoldo, que soñaba con el triunfo al hacerse de un manuscrito que revelaba la inocencia del autor de sus días, se vió despojado de repente de ese precioso documento, y acusado a poco tiempo de raptor, sin que haya logrado vindicarse con don Emilio de la injusta acusación; Núñez, que es un joven de gallarda presencia y de elevados sentimientos, se vió privado de la mujer que amaba, la noche vispera de su casamiento.

—¿La víspera de su casamiento?—preguntó Luz, estremeciéndose.

—Sí; pero, ¿por qué te estremeces?

—¡Oh!... No sé; pero esta noticia me ha causado miedo.

—¿Temes, acaso, que a nosotros nos sobrevenga también alguna desgracia?

—¡Te amo tanto!—le dijo Luz, estrechándole la mano.

—Bien, pero no seas tímida; ¿qué motivos existen para que temas?

—Es verdad...—dijo titubeando la joven, y no pudiendo desechar de su mente una idea terrible que le había asaltado.

¿No podía Willey haber fraguado una trama infernal para separarla antes de casarse del hombre a quien amaba con todo su corazón?

La tierna Luz volvió a temblar.

En aquel mismo instante se vió a un hombre atravesar por entre la multitud, dirigiendo la vista hacia todas partes, como en busca de un objeto.

Iba vestido con una levita de lienzo listado, pantalón obscuro, bota de montar y sombrero de paja.

Después de recorrer varios sitios sin encontrar, al parecer, lo que buscaba, entró en la iglesia, paseó la vista por entre los que allí se hallaban, y salió de ella impaciente, pronunciando entre labios algunas palabras de disgusto.

Luego, resuelto, sin duda, a encontrar a todo trance lo que deseaba, se metió entre la numerosa concurrencia, y abriéndose paso por entre ella, marchó casualmente en dirección al sitio en que se hallaba Luz con Rafael, esperando a los ancianos padres, que marchaban por detrás sumamente despacio.

A poco aquel hombre se fué encontrando con otro que iba vestido casi de la misma manera.

—¿Los ha encontrado usted?—le dijo el primero en voz baja al segundo.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí cerca.

—¿No los equivoca usted con otros?

—No, doctor; conozco a Luz y a Rafael muy bien desde el Viernes de Dolores, que me los hizo usted conocer en el Puente de la Leña.

—Y ¿es cierto que están de huéspedes en una hacienda distante una legua de este pueblo?

—Se lo he oído a ellos mismos en una conversación que

han tenido hace poco, bien ajenos de creer que había entre el gentío un interesado en ella.

—Bueno; el viaje no ha sido en vano.

—Todo lo contrario; la cosa se presenta mejor de lo que usted deseaba.

—¿Cómo!

—Les he oído decir que a las siete de la noche, después de despedirse de una familia que ha venido a Culhuacán a pasar las fiestas, se irían en coche a la hacienda en que se hospedan, para salir mañana temprano para México.

—¡Oh!... Magnífico. Ahora es preciso alejarnos sin que nos vean; esperar la noche y buscar un sitio a propósito en el camino donde esperarlos, para dar el golpe.

Y ambos se dirigieron por contrario rumbo al que llevaba Luz, para no encontrarse con ella.

Al mismo tiempo que ellos se alejaban, Pablo, cubierto el rostro de sudor y lleno de polvo y lodo, se encontraba con el Padre Enrique, que, como él, marchaba inquieto y fatigado.

—¿Y Ernesto?—le preguntó el sacerdote con inquietud.

—No parece por ninguna parte; he recorrido el pueblo, he preguntado a todos, y nadie me da razón de él.

—Lo mismo me ha pasado a mí.

—¿Qué habrá sucedido?

—¿No se habrá marchado a México?

—No, padrecito; porque sé que no ha salido ninguna canoa.

—¡Oh!... ¿Por qué no le daría yo la cantidad que me pidió?... ¡Si en un acto de desesperación habrá puesto fin a su vida!...

—Aunque puede ser muy bien que se haya ido por tierra a México, como dijo antes su merced.

—¡Dios lo quiera! Mañana mismo marcharé para informarme.

—¿Y después honrará su merced con su visita mi rancho de Texcoco, donde le espera su buen amigo y antiguo amo mío don Miguel?

—Tal vez; si no ha acontecido una desgracia a ese desventuradoa joven.

—Corriente.

—Ahora es preciso que vaya a casa para dejar arregladas todas mis cosas antes de partir.

—Le acompañaré a su merced.

Y Pablo y el Padre Enrique cruzaron por entre la multitud con dirección a su casa, dirigiendo hacia todas partes la vista, buscando, por última vez a Ernesto.

El doctor Willey, que, acompañado del hombre con quien le vimos hablar, había logrado salir de en medio del gentío, se detenía en aquel instante detrás de un árbol, y miraba hacia un sitio que le señalaba con el dedo su compañero.

—¿La ve usted ahora—le decía éste—, cerca de la puerta de aquella casa amarilla?

—Sí.

—Y ¿es ella?

—En efecto, es Luz.

—Ya usted ve que no me he equivocado.

—Es verdad.

—Las facciones de la persona que se me enseña una vez, jamás se me borran.

—Pero, ¿está usted cierto de que esta noche se dirigen a la hacienda de C...?

—Le repito a usted que sí.

—Entonces el golpe es seguro.

—Y sin riesgo de nuestra parte.

—Sin duda.

—¡Y qué hermosa está! Confieso que tiene usted buen gusto con respecto a mujeres. Véala usted qué interesante.

Y Willey fijó la vista en la hermosa Luz, que aun se hallaba preocupada con la triste idea que le había asaltado al escuchar de los labios de su amante la desgracia acontecida a Núñez la víspera de unirse a la mujer que amaba.

Su corazón, tierno y tímido, temblaba al traer a la memoria algunas palabras amenazadoras que varias veces le había dirigido el doctor Willey.

¡Y cuánta fuerza no hubiera adquirido su temor si hubiera visto en aquel momento que el hombre infame, a cuyo sólo nombre se estremecía, la observaba atentamente, oculto entre el gentío, y acariciaba el plan que había dispuesto para perderla!

Rafael, que advertía pintados en el bello rostro de la hermosa la inquietud y el sobresalto, le estrechó la mano, y le preguntó con cariñoso acento:

—¿Qué tienes, hermosa mía?... ¿Aun te dura el temor que te causó la noticia de lo acaecido a Núñez, cuando creyó alcanzar el bien mayor que existe para el hombre que de veras ama?

Luz quiso disimular su sobresalto para no turbar la alegría del sér que idolatraba, y contestó, haciendo un esfuerzo para sonreír:

—No, nada temo; estoy tranquila, muy contenta de estar a tu lado.

Rafael la envió una mirada dulce, en que exprimíó toda su gratitud y todo su amor por aquellas palabras que le revelaban el cariño profundo de su amada.

Willey, que tenía fija la vista en los dos amantes, sorprendió aquella mirada, y se sonrió con la idea de la venganza.

—Sí, nada debes temer—dijo Rafael, estrechando la mano de Luz—; dentro de pocos días un ministro del Señor habrá bendecido nuestro amor y el mundo será para los dos un paraíso de interminables venturas.

—Dentro de pocas horas—pensaba interiormente y en aquel mismo instante Willey—, te arrancaré del lado de ese rival que me roba tu corazón, para gozar yo solo de tus caricias.

—¿Piensa usted, señor doctor, permanecer aquí todo el día, para estarla viendo?—dijo a Willey el extranjero con quien le vimos hablar.

—No; alejémonos antes de que algún conocido nos vea.

—Sí; marchemos sin llamar la atención de nadie.

Y el doctor se dirigió con el que le acompañaba, hacia las afueras del pueblo.

La hermosa Luz y Rafael permanecieron aún otro instante en el mismo lugar, y dirigiéndose tiernas palabras de amor.

Willey, al llegar al extremo del pueblo, volvió a mirar hacia donde estaban los amantes, y exclamó herido por los celos y con la esperanza de un próximo triunfo:

—¡Dentro de pocas horas estarás en mi poder!... ¡Se habrán desvanecido todas tus ilusiones; me habré vengado de tus continuos desprecios!... ¡Y serás mía sin remedio!

Y asomó a sus labios la sonrisa de los réprobos.

El hombre que le acompañaba esperó otro instante.

La gente cruzaba en todas direcciones.

El ruido producido por la multitud continuaba.

El Padre Enrique y el indio Pablo recorrían con la vista todos los sitios en busca de Ernesto, mientras marchaban hacia casa.

Luz y Rafael, seguidos de los padres de la primera, se dirigieron otra vez a la iglesia.

Willey le envió una mirada vengativa por última vez, dejó asomar a sus labios una sonrisa infernal, se apoyó del brazo de su amigo y desapareció, repitiendo estas palabras:

—Pronto serás mía.